

Capítulo IV

CONVERSACIÓN EN LA CATEDRAL: ENTRE LA DISCRIMINACIÓN Y LA VIOLENCIA

Ambrosio habla [...] Su voz le llega titubeante, temerosa, se pierde, cautelosa, implorante, vuelve, respetuosa o ansiosa o compungida, siempre vencida.

Mario Vargas Llosa. Conversación en La Catedral, t. I, p. 26.

La publicación de *Conversación en La Catedral* fue recibida con admiración, controversia y desconcierto en 1969. Mario Vargas Llosa (Arequipa, 1936), entonces joven escritor de la generación del 50 ya con el reconocimiento internacional e integrante del *boom* hispanoamericano, hacía noticia esta vez con una novela que para la crítica sería considerada luego una de sus mejores producciones por el dominio de las técnicas narrativas más audaces.¹²⁸ Con más de seiscientas páginas la novela era y es todavía un reto para un lector promedio quien tras una lectura exigente comprende que el tema principal se centra en la dictadura en el Perú de los años cincuenta. La intención es clara representar lo mejor posible y de la manera más descarnada la historia de Santiago Zavala, teniendo como referente inmediato el

¹²⁸ La bibliografía sobre la narrativa del autor es abundante pero consideramos que los textos indispensables para un estudio inicial son los siguientes: Rosa Boldori de Baldussi. *Vargas Llosa: un narrador y sus demonios*. Bs. As., Fernando García Ed., 1974; José Luis Martín. *La narrativa de Vargas Llosa. Acercamiento estilístico*. Madrid, Gredos, 1979; José Miguel Oviedo. *Mario Vargas Llosa: la invención de una realidad*. Barcelona, Seix Barral, 1982; Sara Castro – Klaren. *Mario Vargas Llosa: análisis introductorio*. Lima, Latinoamericana Editores, 1988; Roland Forgues (Ed.). *Mario Vargas Llosa, escritor, ensayista, ciudadano y político*. Lima, Lib. Ed. Minerva, 2001; entre otros.

gobierno del general Odría.¹²⁹ En realidad, visto de otra forma la historia de “Zavalita” es un pretexto para develar la corrupción, la discriminación y la violencia que testimonian la decadencia del gobierno militar para hacerse y quedarse en el poder.

Para entender en su justa medida la importancia de esta novela, sería pertinente detenernos por un momento en la clasificación de la novelística de Vargas Llosa, que van en su haber dieciséis.¹³⁰ Para efecto de este trabajo, hemos elegido la propuesta de Carlos Garayar. Según el crítico peruano, la concepción de la totalidad de Vargas Llosa planteada en artículos y entrevistas es un buen comienzo. Como se sabe, el escritor siempre ha sido un asiduo lector de las novelas de caballerías y en éstas ha descubierto la libertad con la que los autores pueden franquear la frontera entre lo real y lo imaginario, fundiendo en uno varios niveles que permiten presentar una imagen más completa de la realidad. Es así que surge la idea de la *novela total* entendida “como un universo autosuficiente y como una suma abarcadora capaz de comprender diversos niveles de realidad”¹³¹.

¹²⁹ Manuel A. Odría (1897-1974), fue jefe del Estado Mayor del Ejército del Perú en 1946 y Ministro de Gobierno y Policía en 1947. Acaudilló un levantamiento militar en Arequipa en 1948 y organizó una Junta de Gobierno, derrocando al jurista José Luis Bustamante y Rivero. Gobernó el Perú entre 1948 y 1956. Aplicó la Ley de Seguridad Interior que ilegalizaba el aprismo y el comunismo. En 1950, ganó las elecciones convocadas por él mismo, por lo que generó la acusación de fraude. En su mandato “constitucional”, entre 1950 y 1956, ejerció el poder de manera dictatorial y realizó un plan de obras públicas. En 1961 fundó el partido Unión Nacional Odríista.

¹³⁰ Para una clasificación de la narrativa vargallosiana por etapas, atendiendo a las preocupaciones literarias e influencias ideológicas del autor revisar Balmiro Omaña. “Ideología y texto en Vargas Llosa: sus diferentes etapas”. En: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Año XIII, N° 26, 1987, pp. [137] – 154. Un caso especial sería las ocho clasificaciones que propone Maynor Freyre. “Aproximaciones a una clasificación de la narrativa de Mario Vargas Llosa”. En: R. Forgues (Ed.). *Ob. cit.*, pp. [255] – 265.

¹³¹ C. Garayar. “Notas sobre la idea de totalidad en la narrativa de Vargas Llosa”. En: *Literaturas andinas*. Año I, N° 2, 1989, p. 42.

Según Carlos Garayar, hay dos tipos de novelas: “clásicas” y las “de género”. Las primeras se orientan a la concepción de novela total en un intento por construir un mundo imaginario donde se explora una diversidad de temas. A este tipo corresponden *La ciudad y los perros*, *La casa verde*, *Conversación en La Catedral* y *La guerra del fin del mundo*. Curiosamente son las más complejas y extensas, de lectura permanente. En cambio, al segundo tipo de novelas al que pertenecen *Pantaleón y las visitadoras*, *La tía Julia y el escribidor*, *Historia de Mayta*, *¿Quién mató a Palomino Molero?*, *El elogio de la madrastra*, *El hablador*, y demás; se inscriben dentro de los géneros menores: la novela paródica, la rosa, la de política-ficción, la policial, la erótica, la antropológica, etc. Al parecer Vargas Llosa experimenta y casi agota cada posibilidad genérica de la novela, con el objetivo de abarcarlo todo. Se trata de novelas que no son totalmente verosímiles y de menor complejidad, incluso algunas fallidas de poca trascendencia.

Si consideramos lo recientemente planteado, podemos clasificar a *Conversación en La Catedral* dentro del primer tipo, en las novelas donde la idea de totalidad cobra relevancia. De ahí nuestro interés sea observar cómo gracias a esta representación totalizante de la realidad en esta novela, se puede apreciar tanto el juego de las relaciones de poder como el conflicto interracial entre blancos y mestizos (incluido el elemento afro-peruano), como parte integrante de una sociedad en la que predominan la discriminación, el racismo y la violencia política.

4.1. La dictadura imaginada

Como se sabe, en el corpus de la literatura hispanoamericana hay toda una vertiente que se ha optado por llamar “narrativa de la dictadura”¹³². Esta problemática social que es parte de la historia de nuestros países hace mucho se ha vuelto además un tema literario de interés de algunos escritores. La imagen del sujeto dictatorial ha proporcionado diversos tipos y perfiles (déspota, omnipotente, omnipresente) así como el fenómeno del autoritarismo se ha ficcionalizado de distintas maneras (corrupción, coerción moral, tráfico de influencias, chantaje, etc), describiendo predominantemente sus efectos (fuerza bruta, exilios, torturas, desaparición, encarcelamiento, persecución y asesinato) antes que el sistema de la dictadura en sí.

Sin lugar a dudas esto es lo que se puede apreciar en novelas como por ejemplo: *El señor presidente* (1946) de Miguel Ángel Asturias, *El recurso del método* (1974) de Alejo Carpentier, *Yo el Supremo* (1974) de Augusto Roa Bastos, *El otoño del patriarca* (1975) de Gabriel García Márquez, entre las más conocidas. A esta lista habría que agregar dos novelas de Vargas Llosa, me refiero a *Conversación en La Catedral* y *La fiesta del Chivo* (2000). La primera acabamos de decirlo describe la dictadura del general Odría en el Perú de los años cincuenta, mientras que la segunda novela se ocupa de representar el gobierno del general Trujillo en la República Dominicana. Es decir, el autor está muy interesado en describir los temas del militarismo autoritario y la corrupción del poder en su obra.¹³³

¹³² Sobre narrativa de la dictadura, revisar Carlos Pacheco. *Narrativa de la dictadura y crítica literaria*. Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1987; y Adriana Sandoval. *Los dictadores y la novela hispanoamericana*. México, UNAM, 1989.

¹³³ Cf. Gregory Zambrano. “Mario Vargas Llosa y la política de la violencia en América Latina (a propósito de dictadores y novelas)”. En: R. Forgues (Ed.). *Ob. cit.*, pp. [277] – 301.

Para el análisis de *Conversación en La Catedral* es necesario remitirse antes a la historia y ésta se centra en Santiago Zavala, joven de 30 años y editorialista de *La Crónica*, quien inicialmente debe rescatar su perro de la perrera. Al llegar al local municipal se encuentra con Ambrosio, el antiguo chofer en la casa familiar; así que deciden beber unos tragos en La Catedral, un sucio y apestoso bar del centro de la ciudad. La conversación dura alrededor de cuatro horas y se remonta al pasado, 15 ó 20 años atrás. Santiago está muy interesado en que Ambrosio le cuente la verdad sobre la relación homosexual con su padre, Don Fermín Zavala, y el asesinato de La Musa, antigua amante del poderoso Cayo Bermúdez. Pero Ambrosio prefiere mentir o negar su vinculación con ambos personajes. Así el diálogo se quiebra, Santiago regresa a casa más frustrado que antes y sin respuestas; mientras que Ambrosio, cansado y sin esperanzas, espera su final.

Lo llamativo está en que la novela de Vargas Llosa plantea además una complejidad mayor en el nivel narrativo, con cuatro partes bien definidas y capítulos al interior de cada una. De modo que es notoria la presencia de un narrador extradiégetico-heterodiégetico que nos alcanza la perspectiva de Santiago sobre los hechos ocurridos, en tanto que se accede a la voz de los demás personajes actualizando diálogos yuxtapuestos que nos completan la mirada sobre el pasado. De este modo a la conversación principal entre Santiago y Ambrosio en presente se suma una pluralidad de voces y focalizaciones internas (Carlitos-Santiago, Ambrosio-don Fermín, Queta-Ambrosio, etc)¹³⁴. Estamos en buena cuenta ante una novela que logra

¹³⁴ La focalización o aspecto responde a las preguntas: ¿quién ve los hechos?, ¿desde qué perspectiva los enfoca? Se entiende por focalización interna que el foco de emisión se sitúa en el interior de la historia y suele tomar la forma de focalizador-personaje. Ver G. Genette. *Ob. Cit.*, pp. 244-245.

su complejidad y polifonía gracias a la simultaneidad, la fragmentación y las técnicas narrativas más audaces (cajas chinas, vasos comunicantes, salto cualitativo, etc.)¹³⁵. Cabe agregar que el narrador vuelve una y otra vez sobre el narratario, para replantear preguntas que se hace el propio Santiago en su interior: “¿En qué momento se había jodido el Perú? [...] Él era como el Perú, Zavalita, se había jodido en algún momento. Piensa: ¿en cuál?” (I, 13)¹³⁶. Es decir, cuando empezó su degradación y marginalidad, la ruptura con la familia y con la burguesía. No hay respuesta posible y si la hay se duda o se la deja para después. Volveremos sobre este tema más adelante.

Ahora bien, si nos concentramos en la imagen del dictador que describe la novela observaremos que éste permanece en ausencia, salvo algunas alusiones muy concretas como, por ej.: “Odría es un soldadote y un cholo” (I, 35) u “Odría era el peor tirano de la historia del Perú” (I, 84). En vez del dictador tenemos a Cayo Bermúdez quien es, en realidad, el que hace el trabajo, ejecuta las políticas y prolonga su poder. Como él mismo revela, la posición que ocupa en el gobierno tiene dos razones: “La primera, porque me lo pidió el general. La segunda, porque él aceptó mis condiciones: disponer del dinero necesario y no dar cuenta a nadie de mi trabajo, sino a él en persona” (I, 311). De esta manera Cayo Bermúdez resulta la “mano derecha” y el “hombre de confianza” del dictador. En su nombre entonces encarcela, corrompe, persigue, reprime y manda matar si es necesario.

¹³⁵ Ver Sabine Schlickers. “Conversación en *La Catedral* y *La guerra del fin del mundo* de Mario Vargas Llosa: novela totalizadora y novela total”. En: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Año XXIV, N° 48, 1998, pp.187-190.

La historia personal de Cayo Bermúdez se origina en la provincia. Su padre fue el llamado Buitre, ex capataz de la Hacienda La Flor, prestamista y alcalde, quien logra una cierta fortuna que le permite establecer una ferretería y un almacén en Chincha. En cambio su madre, Catalina, fue una mujer muy religiosa, conocida como la Beata. Cuando Cayo Bermúdez se enamora y rapta a Rosa, la hija de la lechera, se produce la ruptura familiar. Más tarde, al fallecer el padre él se hace cargo de los negocios hasta el día en que el general Espina, amigo de infancia y Ministro del general Odría, lo manda llamar para darle un puesto en el gobierno. Es ahí cuando cobra importancia política Cayo Bermúdez al ser nombrado, primero, Director de Gobierno y, después, Ministro de Interior. Dejando atrás en provincia y casi en el olvido a su impresentable esposa, convive con Hortensia, conocida como La Musa, bailarina, prostituta y lesbiana. Es Cayo Bermúdez, el que entonces concentra el poder y asciende socialmente, a pesar de tratarse de un mestizo resentido y excluido por una sociedad prejuiciosa y racista. Recuérdese su caricaturesca descripción física y moral:

“Don Cayo era chiquito, la cara curtida, el pelo amarillento como tabaco pasado, ojos hundidos que miraban frío y de lejos, arrugas en el cuello, una boca casi sin labios y dientes manchados de fumar, porque siempre andaba con un cigarrillo en la mano. Era tan chiquito que la parte de delante de su terno se tocaba casi con la de atrás [...] Apenas si se cambiaba de terno, andaba con las corbatas mal puestas y las uñas sucias. Nunca decía buenos días ni hasta luego [...] Siempre parecía muy ocupado, preocupado, apurado, encendía sus cigarrillos con el puchito que iba a botar y cuando hablaba por teléfono decía solo sí, no, mañana, bueno” (I, 225-226).

Estamos ante el sujeto disminuido y vengativo pero aceptado por su dinero en los diferentes espacios en que se ostenta el poder y la corrupción. Por ejemplo, en el burdel Malvina soporta sus desplantes porque él “sacó unos billetes de su cartera y los puso sobre un sillón” (II, 162); mientras que para Queta, Cayo Bermúdez es “un

¹³⁶ Para este trabajo hemos optado por trabajar con la primera edición de *Conversación en La Catedral* (2 tms., Lima, Seix Barral, 1969). La paginación que se cita corresponde a dicha

impotente lleno de odio” y “un asqueroso” (II, 208). Asimismo, en el ministerio, cuando la esposa del senador Ferro, en un intento por salvar a su esposo que ha sido descubierto como parte de la conspiración contra el gobierno, trata de sobornarlo Cayo Bermúdez por el contrario aprovecha el momento para insinuarse. Los insultos de ella no se dejan esperar: “Cómo se atreve, canalla [...] Cholo miserable y cobarde” (II, 87). La venganza de él es presentarle a La Musa, quien indiscreta le revela los amoríos de su esposo; de esta manera, Cayo Bermúdez la humilla, dejando en claro que: “La deuda está pagada ya” (II, 90).

Más adelante, Cayo Bermúdez es destituido al no lograr apaciguar la huelga y la revolución de Arequipa. Entonces se convierte en la cabeza visible de la corrupción, deja el ministerio y huye al extranjero, abandonando a La Musa a su suerte. Al cabo de algunos años regresa cuando la democracia se ha reestablecido y en el poder está el presidente Prado. Regresa a su casa en Chaclacayo para asociarse con la Sra. Ivonne, dueña de uno de los prostíbulos más encumbrados de la ciudad. Es decir, se salva del castigo judicial pero no así de la sanción moral posterior.

De otro lado, la imagen de la dictadura construida a partir de la novela de Vargas Llosa tiene que ver con los las estrategias de poder y los efectos del sistema. Para empezar, Odría asume el gobierno a la fuerza con ayuda de una Junta Militar derrocando a Bustamante. Por consiguiente, ocurre una campaña de limpieza de los enemigos políticos, es decir apristas y comunistas que son catalogados como “pillos”; la represión de los sectores de trabajadores y estudiantes, se asalta la “olla de grillos” en que se ha convertido la Universidad de San Marcos; la manipulación de los medios de comunicaciones, *El Comercio* está con el gobierno por odio al APRA y don Cayo

instruye a los de ANSA sobre qué noticias difundir en el exterior; los inversionistas extranjeros apoyan el gobierno por interés, la International y la Cerro quieren sindicatos apaciguados; los empresarios burgueses pagan comisiones para obtener favores del gobierno, don Fermín vive de los suministros a los institutos armados; etc.

Para mantener las formas en política es necesario evitar el rechazo de las mayorías por lo que se convoca a elecciones y se reabre el congreso. Las maniobras para quedarse en el poder son ampliamente descritos en la novela: el JNE tacha la lista aprista; Montagne, el candidato opositor con más preferencia, es encarcelado y acusado de conspiración; las elecciones son boicoteadas, se roban los votos para favorecer al candidato del gobierno; la élite criolla tradicional se alia a Odría para compartir el poder, Arévalo, Ferro, Arvélaez son sus senadores; etc.

Cabe señalar que el lado más oscuro del poder también queda representado en la novela. Por un lado, la casa de La Musa en San Miguel sirve de escenario para las reuniones de Cayo Bermúdez con algunos miembros de los círculos de poder como congresistas, burgueses, empresarios y militares de alto rango, y para congresarse con ellos comparte a su amante y complace sus vicios. Es claro que la corrupción moral, las fiestas orgásticas y la prostitución son las mejores armas para comprar conciencias, arruinar honras, pedir favores y desprestigiar personas. Por otro lado, las fuerzas policiales y militares hacen efectiva la represión, la tortura y la persecución del gobierno contra los opositores al régimen dictatorial, por ejemplo: Lozano es el encargado de rodearse de matones para vigilar, espiar y encarcelar enemigos políticos; Hipólito tortura a Trinidad López hasta matarlo; Ludovico amedrenta dirigentes sindicales; Trifulcio es enviado a contener marchas, etc.

Pero la novela de Vargas Llosa describe también la derrota de la dictadura y la destitución de Cayo Bermúdez. La oposición al gobierno de Odría pasa por varios momentos y etapas: el rechazo de los sindicatos y los universitarios a la Junta Militar; los partidos políticos se mantienen activos por medio de células pese a su clandestinidad y a que sus líderes son exiliados; la conspiración de miembros integrantes del gobierno liderada por el coronel Espina; la rebelión de Arequipa que no es sofocada a tiempo y logra el apoyo de la Coalición en la capital. Al final, se convoca a elecciones y es nombrado presidente Prado, quien tiene todo el apoyo de la burguesía criolla.

En realidad, *Conversación en La Catedral* plantea que las élites criollas tradicionales y nuevas élites mestizas se ven obligadas a compartir el poder¹³⁷. Pero la convivencia no siempre resulta agradable, hay relaciones muy tensas en las que sale a reducir la discriminación y los prejuicios raciales y sociales. Por ejemplo, Odría es un cholo al que hay que llamar Señor Presidente, Cayo Bermúdez es el mestizo que ejerce el poder, el coronel Espina es el Serrano nombrado Ministro, Ambrosio es antes el chofer negro y no el amigo de infancia, etc. Del mismo modo los empresarios burgueses se acomodan a las circunstancias políticas para favorecer sus intereses económicos, así por ej. Don Fermín Zavala aprovecha su temprana amistad con Don Cayo para hacer una fortuna con la venta de insumos de su laboratorio a los militares o en la edificación de colegios y carreteras con su constructora; Don Emilio Arévalo, hacendado de Chíncha, es elegido convenientemente senador odríista; etc.

4.2. Ambrosio, la voz y la historia del otro

En la larga conversación de cuatro horas en el bar La Catedral, Santiago Zavala tiene como único interlocutor a su antiguo chofer Ambrosio, y este último personaje es el que nos llama la atención porque representa al otro, el sujeto que es diferente por la raza y la clase social¹³⁸. En realidad, la novela de Vargas Llosa no intenta describir al afro-peruano como primera opción, pero lo hace de algún modo construyendo una imagen sesgada y cargada de prejuicios y estereotipos. La voz temerosa y la historia marginal de Ambrosio cobra entonces gran interés para el presente estudio, a pesar de lo anterior.

La historia personal de Ambrosio nos remite otra vez a Chíncha, lugar de procedencia. Su madre, Tomasa, es una ambulante a quien su hijo suele llamar “la negra” y el padre, Trifulcio, es un ladrón, ex presidiario y matón del senador Arévalo. Cuando ambos se separan Tomasa se lleva a sus hijos, Ambrosio y Perpetuo, a vivir a Mala. Es ahí donde Ambrosio empieza a trabajar como chofer interprovincial, luego viaja a Lima en búsqueda de Cayo Bermúdez, quien lo contrata como chofer aunque algunas ocasiones hace las veces de matón para el régimen. Más tarde, pasa a trabajar en casa de Don Fermín Zavala y se convierte en su amante. Tras la destitución de don Cayo y la muerte de La Musa, huye a Pucallpa en compañía de Amalia. Cuando ella muere y su negocio de la funeraria fracasa, regresa a Lima. Es así “desmoronado, envejecido, embrutecido” (I, 26) que lo encuentra Santiago en la perrera después de muchos años.

¹³⁷ Cf. James Higgins. “Un mundo dividido: imágenes del Perú en la novelística de Vargas Llosa”. En: R. Forgues (Ed.). *Ob. cit.*, pp. 271-272.

¹³⁸ T. Todorov ha analizado las relaciones del yo con el otro como parte de la problemática de la identidad y la alteridad. Lo interesante es observar que dichas relaciones pueden proporcionar incluso datos sobre las estrategias y los mecanismos de poder. Cf. T. Todorov. *La conquista de América...*, p.13 y p. 195.

Para tener una imagen más acorde con lo planteado en la novela, habría que tener en cuenta que Ambrosio es visto desde dos facetas en su vida: el antes y el después. En la primera, Ambrosio es descrito como un hombre miedoso, inferior y extremadamente servil. Es un zambo “cabizbajo y acobardado” (II, 184), de ojos “atemorizados” (II, 167), con “dientes blanquísimos” y “cara plomiza” (II, 210). Está definido por su servilismo y cobardía. Por ejemplo, cuando se entrevista por única vez con su padre Trifulcio, éste le muestra un cuchillo y Ambrosio decide entregarle su dinero para evitar una escena más violenta; cuando Amalia trabaja como mucama en casa de La Musa tiene mucho miedo de que alguien se entere de su relación con ella, en especial don Fermín; cuando don Hilario, comerciante astuto y grosero, lo estafa en Pucallpa no es capaz de reclamarle directamente y sólo atina a robarle la camioneta; cuando le confiesa a Queta que él se reúne con don Fermín en Ancón para tener relaciones teme que ella se lo cuente a alguien más, etc.

Es interesante apreciar también que los demás personajes coinciden en que Ambrosio no es más que un “pobre negro” o un “pobre infeliz”. Obsérvese la carga negativa que tienen estas dos expresiones que ya descalifican al sujeto afro-peruano por no pertenecer al grupo étnico y social dominante de la sociedad peruana, en la que predominan las formas y los valores del sujeto blanco (más exacto criollo). Además, es fácil advertir que, en este caso, Ambrosio resulta un personaje disminuido que ha interiorizado incluso estos valores que lo discriminan, que se basan en las relaciones de blanco/negro, dominante/dominado, etc. Por ejemplo, Queta, lesbiana y prostituta, es una mujer deseable para Ambrosio. Este se acuesta con ella durante dos años y entablan conversaciones muy íntimas en que le da a conocer su relación homosexual

con don Fermín. Es entonces que Queta lo cuestiona duramente por su fidelidad extrema y sometimiento servil:

“-Te caló apenas te vio -murmuró Queta, echándose de espaldas-. Una ojeada y vio que te haces humo si te tratan mal. Te vio y se dio cuenta que si te ganan la moral te vuelves un trapo.

...

-Se dio cuenta que te morirías de miedo -dijo Queta con asqueada sin compasión- Que no harías nada, que contigo podía hacer lo que quería.

...

-Tenías miedo porque eres un servil -dijo Queta con asco-. Porque el es blanco y tú no, porque el es rico y tú no. Porque estás acostumbrado que hagan contigo lo que quieran” (II, 253).

En otro momento cuando Santiago se ha enterado de las circunstancias del asesinato de La Musa, acude a su padre para que éste tome precauciones por lo escandaloso que puede ser el asunto para la familia. Don Fermín no toma muy en serio la advertencia de su hijo porque no cree que sea posible que Ambrosio haya matado a La Musa para acabar con la extorsión de ella y guardar el secreto de su homosexualidad.

“-Anoche llegó un anónimo al periódico, papá-. ¿Iba a hacer todo ese teatro, queriéndote tanto, Zavalita?-. Diciendo que el que mató a esa mujer fue un ex matón de Cayo Bermúdez, uno que ahora es chofer de, y ponía tu nombre, papá. Han podido mandar el mismo anónimo a la policía, y de repente, en fin, quería avisarte, papá.

-¿Ambrosio, estás hablando de él? -ahí su sonrisita extrañada, Zavalita, su sonrisa tan natural, tan segura, como si recién se interesara, como si recién entendiera algo-. ¿Ambrosio, matón de Bermúdez?

-No es que nadie vaya a creer en ese anónimo, papá-. Dijo Santiago-. En fin, quería advertirte.

-¿El pobre negro, matón? -ahí su risita tan franca, Zavalita, tan alegre, ahí esa especie de alivio en su cara, y sus ojos que decían menos mal que era una tontería así, menos mal que nos e trataba de ti, flaco-. El pobre no podía matar una mosca aunque quisiera. Bermúdez me lo pasó porque quería un chofer que fuera también policía.

-Yo quería que supieras, papá -dijo Santiago-. Si los periodistas y la policía se ponen a averiguar, a lo mejor van a molestarte a la casa.

-Muy bien hecho, flaco -asentía, Zavalita, sonreía, tomaba sorbitos de café-. Hay alguien que quiere fregarme la paciencia. No es la primera vez, no será la última. La gente es así. Si el pobre negro supiera que lo creen capaz de una cosa así.” (II, 43-44).

Como ya se dijo, la novela de Varga Llosa revela también el conflicto interracial blanco/negro presente en la sociedad peruana, así la exclusión del sujeto no blanco (en este caso, el sujeto afro-peruano), responde a las normas sociales establecidas y

las relaciones de poder. Esto explica por qué la relación entre Ambrosio, don Cayo y el coronel Espina, es sincera amistad en la niñez y, luego, rechazo y discriminación en la vida adulta.

“Le dio porque su hijo se pusiera siempre zapatos y no se juntara con morenos. De chicos ellos jugaban fútbol, robaban en las huertas, Ambrosio se metía a su casa y al Buitre no le importaba. Cuando se volvieron platudos, en cambio, lo botaban y a don Cayo lo reñían si lo pescaban con él. ¿Su sirviente? Qué va, don, su amigo pero sólo cuando eran de este tamaño. La negra tenía entonces su puesto cerca de la esquina donde vivía don Cayo y él y Ambrosio se la pasaban mataperreando. Después los separó el buitre, don, la vida” (I, 55).

Es más los tres amigos participan del rapto de Rosa, la hija de la lechera, con quien termina casándose don Cayo. Al pasar los años Cayo Bermúdez se transforma en el hombre poderoso del régimen dictatorial de Odría. Es entonces que Ambrosio le pide ayuda y al hablarle establece una distancia, le habla de “usted”, para mantener la diferencia (social, económica, étnica, etc.). Don Cayo le tiene confianza y lo contrata como chofer a pedido de éste. Aquí vuelve a aparecer esa baja autoestima que muestra Ambrosio en la novela, no sabe aprovechar su proximidad con el hombre que encarna el poder para lograr ascender social y económicamente, por eso prefiere solicitar un modesto empleo que lo limita y no le ofrece mayores oportunidades. Esto establece las siguientes dicotomías superioridad/inferioridad y poder/sumisión, que son tan recurrentes en la obra.

En cambio, el coronel Espina muestra un desprecio más explícito hacia Ambrosio, lo ignora abiertamente cada vez que lo tiene cerca. Ahora, el coronel Espina, apodado el Serrano, ocupa un alto cargo en el gobierno y no puede estar fraternizando con alguien como Ambrosio, de origen humilde, negro y provinciano. En

otras palabras, se apela a un mecanismo de discriminación que tiene como consecuencia la negación y la invisibilización¹³⁹ del sujeto afro-peruano. Por ejemplo:

“¿Si el Serrano nunca reconoció a Ambrosio? Cuando Ambrosio era chofer de don Cayo subió mil veces, don, mil veces lo había llevado a su casa. Tal vez lo reconocería, pero el caso es que nunca se lo demostró, don. Como él era ministro entonces, se avergonzaría de haber sido conocido de Ambrosio cuando no era nadie, no le haría gracia que Ambrosio supiera que él estuvo enredado en el rapto de la hija de la Túmula. Lo borraría de su cabeza para que esta cara negra no le trajera malos recuerdos, don. Las veces que se vieron trató a Ambrosio como a un chofer que se ve por primera vez. Buenos días, buenas tardes, y el Serrano lo mismo” (I, 70).

Otro caso interesante es apreciar cómo el rechazo también puede darse en los espacios de corrupción y de relajamiento de la moral. Ambrosio al sentirse atraído por Queca se atreve a ingresar al burdel de mayor prestigio en Lima, el que es frecuentado por los burgueses adinerados y los militares más influyentes. Entonces su presencia genera repulsión y un malestar generalizado en las prostitutas y los visitantes del lugar:

“Él seguía en la puerta, grande y asustado, con su flamante terno marrón a rayas y su corbata roja, los ojos yendo y viniendo. Buscándote, pensó Queta, divertida.

-La señora no permite negros –dijo Martha, a su lado-. Sácalo Robertito. es el matón de Bermúdez –dijo Robertito-. Voy a ver. La señora dirá.

-Sácalo sea quien sea –dijo Martha-. Esto se va a desprestigiar. Sácalo” (II, 205).

La reacción de Queca frente a Ambrosio es contradictoria: por un lado, acepta sus insinuaciones y encuentros sexuales a cambio de dinero; y, por otro lado, lo desprecia reiteradamente cada vez que tiene oportunidad.

“-yo me doy cuenta –murmuró el zambo-. Usted no me tiene ninguna simpatía.

-No porque seas negro, a mí me importa un pito –dijo Queta-. Porque eres sirviente del asqueroso de Cayo Mierda.

-No soy sirviente de nadie –dijo el zambo, tranquilo-. Sólo soy su chofer” (II, 208).

¹³⁹ El término “invisibilización” surgió con el movimiento Harlem Renaissance (New York, 1918-1928). Después es usada por el autor afro-norteamericano Ralph Ellison (1914-1994), en su novela *Invisible man* (1952), donde se apela a la metáfora de la invisibilidad para definir la situación de los negros en la sociedad norteamericana mayormente blanca. También es retomada por José Carlos Luciano. *Los afroperuanos. Trayectoria y destino del pueblo negro en el Perú*. Lima, CEDET, 2002, p. 73.

O este otro ejemplo:

“-Tanto apuro para subir, para pagarme lo que no tienes –dijo, al ver que él no hacía ningún movimiento-. ¿para esto?

-Es que usted me trata mal –dijo su voz, espesa y acobardada-. Ni siquiera disimula. Yo nos soy un animal, tengo mi orgullo.

-Quítate la camisa y déjate de cojudeces –dijo Queta- ¿Crees que te tengo asco? Contigo o con el rey de Roma me da lo mismo, negrito” (II, 227).

Nótese que estos son los dos únicos pasajes en que Ambrosio muestra un mínimo de estima y respeto a sí mismo, pero lo hace delante de un personaje que no ejerce el poder ni pertenece a la clase dominante, como Queta quien es sólo una prostituta del sub-mundo de Lima.

Por otra parte, en la segunda faceta, el después, Ambrosio presenta una clara degradación. Se mantienen algunas marcas en su descripción como pobreza, cobardía y un complejo de inferioridad; pero al cabo de quince o más años que han transcurrido hasta llegar al encuentro con Santiago, algo ha cambiado en su aspecto físico exterior:

“Su voz, su cuerpo son los de él, pero parece tener treinta años más. La misma jeta fina, la misma nariz chata, el mismo pelo crespo. Pero ahora, además, hay bolsones violáceos en los párpados, arrugas en su cuello, un sarro amarillo verdoso en los dientes de caballo. Piensa: eran blanquísimos. Qué cambiado, qué arruinado. Está más flaco, más sucio, muchísimo más viejo, pero ése es su andar rumboso y demorado, ésas su piernas de araña [...] Hay canas entre sus pelos crespos, lleva sobre el overol un saco que debió ser también azul y tener botones, y una camisa de cuello alto que se enrosca en su garganta como una cuerda. Santiago ve sus zapatones enormes: enfangados, retorcidos, jodidos por el tiempo” (I, 22-26).

La imagen de Ambrosio es, ahora, la de un hombre fracasado y derrotado. Para lograr una acertada descripción de su nuevo estado de degradación ha sido necesario apelar a ciertos calificativos negativos como fealdad, animalidad y suciedad. Pero eso no es todo una lectura atenta del diálogo entre Santiago y Ambrosio dará como resultado que ante las dudas más apremiantes como si él era el asesino de La

Musa o el amante de su padre, don Fermín; Ambrosio muestra un lado distinto, no sabe o miente según sea el caso. Es decir, niega conocer muchas cosas del pasado, a pesar de la insistencia de Santiago en ofrecerle un empleo como portero en *La Crónica* o dinero, el integro de su sueldo. La desesperación de Santiago por conocer la verdad de los hechos, lo lleva a decir finalmente: “No te hagas al cojudo”; sin embargo, Ambrosio calla y se aleja mostrando otra vez su derrotismo frente a la vida: “trabajaría aquí, allá [...] después, bueno, después ya se moriría ¿no, niño?” (II, 307). Así culmina la conversación entre ambos, con más dudas que antes sobre el pasado y con una sola certeza, el fracaso acompaña a los dos.

De este modo acabamos de apreciar que en *Conversación en La Catedral*, Ambrosio resulta un personaje secundario signado por lo más negativo. Es claro que el interés por el sujeto afro-peruano es tangencial, para describirlo se apela a estereotipos y prejuicios raciales construyendo así una imagen sesgada y casi exótica. De ahí que sea el “zambo” rechazado por los demás (blancos y mestizos) por su condición étnica y económica, que no puede moverse en determinados espacios sociales y que ha interiorizado un sentimiento de inferioridad aceptando como natural un trato despectivo y ofensivo; y, por último, es también el “pobre negro” que cumple un rol de sirviente (en este caso, chofer) para el patrón que lo ve como un objeto sexual y que fracasa al ser independiente porque no es capaz de sobrevivir en una sociedad que lo margina y no le ofrece oportunidades.

4.3. La pregunta por el Perú

Hemos dicho en un inicio que la novela se centra en la historia de Santiago Zavala y ésta es narrada de forma fragmentaria y no siempre continua en los cuatro

libros que constituyen su estructura: la vida universitaria en San Marcos, la participación en el grupo comunista “Cahuide” hasta su encarcelamiento y huida de la casa familiar (Libro Uno); su vida solitaria en la pensión y el trabajo desesperanzador en *La Crónica* (Libro Dos); el descubrimiento traumático de la relación de su padre con Ambrosio como resultado de una investigación periodística (Libro Tres); y, por último, el matrimonio con Ana y la muerte de su padre (Libro Cuatro).

En realidad, Santiago es un personaje muy complejo y contradictorio. Es descrito como un joven que pertenece a una de las familias más encumbradas del país. Su padre, don Fermín Zavala, es un empresario que ha logrado una cómoda relación con los militares del régimen odriísta y obtiene grandes ganancias. La madre, doña Zoila, es una mujer prejuiciosa y está acostumbrada a los privilegios concedidos a su clase social. Su hermano mayor, Chispas, es un joven despreocupado que con el tiempo se hace cargo de los negocios del padre e incursiona en política. Y, Teté, es la hermana menor que sigue los pasos de la madre y que se casa con Popeye Arévalo, hijo del senador y amigo muy cercano de Santiago.

El drama de Santiago empieza cuando decide no hacer lo que se espera de él: ser un “niñito bien” de familia miraflorentina, un hijo ejemplar cuyo padre se sienta orgulloso o un abogado exitoso en la capital. La novela retrata entonces al burgués inconformista que reniega de su familia y clase social, que lleva a cabo un largo proceso de desclasamiento y que elige el fracaso como opción en su vida. Hay dos momentos que nos permiten observar mejor la transformación de Santiago. El primero tiene que ver con el pasado más remoto. En un principio es un muchacho inteligente y alumno aplicado que, a pesar de haber sido formado en un colegio religioso, dice ser

ateo y que odia los curas; para oponerse a las expectativas de los padres, Santiago prefiere estudiar Derecho y Letras en la Universidad de San Marcos donde van los “cholos”; luego al incursionar en política y para molestar al padre odriísta, se vuelve simpatizante del comunismo; más tarde, huye de casa y trabaja como periodista, una actividad que lo degrada más. Es decir, Santiago es un fracasado por convicción propia y un desclasado que no quiere ser burgués.

Desde la mirada de los demás personajes, Santiago resulta para su familia un liberal que no es comprendido. Para don Fermín es el hijo predilecto, al que lo llama con cariño “flaco” y acepta que sea un poco “bohémio” y “poeta”; en cambio, con sus hermanos entabla discusiones acaloradas en la casa familiar y estos suelen llamarlo con sorna el “supersabio”, el “comecuras” o el “acomplejado”. Mientras que sus compañeros sanmarquinos de izquierda, como Aida o Jacobo, lo tildan de “pequeño burgués” pero aún así es aceptado en el Círculo como el camarada “Julián”. Para los compañeros de trabajo en *La Crónica* como Becerrita, Arispe, etc., Santiago es uno más con quien compartir las borracheras y salidas nocturnas. Es curioso observar que entre los periodistas, Carlitos sea una especie de confesor, las conversaciones con él en el bar Negro-Negro son extensas y sus opiniones, de lo más acertadas con respecto a lo sucedido a Santiago en el pasado. Para el compañero de juerga, Zavalita es el “poeta fracasado” o, peor aún, un “pobre mierdecita” (I, 162).

En un segundo momento, el presente, vemos a Santiago como “un viejo de treinta” años que trabaja como editorialista en *La Crónica*, ha abandonado los estudios, se ha casado con una enfermera provinciana (una “cholita”), y vive en un departamento reducido en una quinta mirafloresina. En cuanto a su descripción es la de

un hombre que ya no puede dar vuelta atrás, se ha hundido en lo más hondo del escepticismo. Es así como lo encontramos desde las primeras páginas de la novela:

“Desde la puerta de *La Crónica* Santiago mira la avenida Tacna, sin amor: automóviles, edificios desiguales y descoloridos, esqueletos de avisos luminosos flotando en la neblina, el mediodía gris. ¿En qué momento se había jodido el Perú? Los canillitas merodean entre los vehículos detenidos por el semáforo en Wilson hacia La Colmena. Las manos en los bolsillos, cabizbajo, va escoltado por transeúntes que avanzan, también, hacia la plaza San Martín. Él era como el Perú, Zavalita, se había jodido en algún momento. Piensa: ¿en cuál? Frente al hotel Crillón un perro viene a lamerle los pies: no vayas a estar rabioso, fuera de aquí. El Perú jodido, piensa, Carlitos jodido, todos jodidos. Piensa. No hay solución” (I, 13).

Ésta es justamente la imagen que más llama la atención: un joven que camina cabizbajo con las manos en los bolsillos, quien se siente desesperanzado, frustrado y envejecido. Santiago se ha condenado al fracaso, ha renegado de su familia, de su posición social y económica e incluso metafóricamente ha cruzado la barrera racial porque “ya no era como ellos, Zavalita, eras un cholo” (II, 170-171). De ahí que se cuestione en qué momento había empezado todo, es decir cuando ingresó a San Marcos, cuando abandonó la casa de los padres, cuando empezó a trabajar como periodista o cuando descubrió la homosexualidad del padre. Es una pregunta existencial que Santiago tarda en responderse o acaso ya no haya respuesta posible.

Ahora bien, la historia de Santiago Zavala es la de un pequeño burgués que no quiere serlo porque de alguna manera se siente culpable, por eso trata de rehuir la decadencia del régimen dictatorial con la que se ha involucrado su padre y gracias a la cual su familia disfruta de ciertos privilegios; pero su historia es, además, la de cualquier otro peruano promedio (sin aspiraciones, acomplejado y prejuicioso), que fracasa en un país subdesarrollado. Es necesario observar entonces el significado que cobra el verbo “joder” así como su variante “jodido”, que se aplica a Santiago, Carlitos, Ambrosio y, por extensión, al Perú de los años cincuenta.

Pero, ¿cómo es el Perú? La imagen que nos proporciona la novela es la de un “burdel”; es decir, un espacio para la corrupción, la inmoralidad y la prostitución. Estas son las mejores características que describen el régimen de Odría y a todos sus aliados: los burgueses adinerados, los círculos militares de poder, las compañías extranjeras, los medios de comunicación, etc. Como bien opina el propio Cayo Bermúdez, la misma encarnación del poder: “Éste no es un país civilizado, sino bárbaro e ignorante” (I, 139). Asimismo la Universidad de San Marcos, que “era un reflejo del país” (I, 109), es descrito también como un “burdel”, por el proselitismo político de los alumnos, la inmadurez de los dirigentes estudiantiles, el caos de las elecciones internas, las marchas y contramarchas, etc. También es usada para la revolución en contra del gobierno odríista, se dice luego que Arequipa es “un burdel” por el desorden generado y la insurrección política del pueblo. En buena cuenta es una imagen repetitiva que va adquiriendo un sentido que trasciende más allá de la novela.

Para concluir, *Conversación en La Catedral* representa la sociedad peruana de los años cincuenta bajo el régimen dictatorial del general Odría, marcado por la corrupción y la inmoralidad. Se trata de una sociedad en la que ocurre el conflicto entre la clase burguesa alta y la clase ascendente mestiza que para compartir el poder se intenta sobrellevar las diferencias; pero los prejuicios (sociales y raciales) así como la discriminación salen a reducir. Vargas Llosa nos alcanza la imagen pesimista de un país empobrecido económica y moralmente, donde la política es usada para favorecer a los poderosos y rechazar a los cientos de “cholos”, “negros” y “serranitos” que conforman el Perú. Por lo demás, es una novela compleja, dialógica y fragmentada cuya lectura se vuelve un reto y su análisis, un desafío total para la crítica.